

Para Mercy E-News

3 de abril de 2019

7/2/19

Nuestra Venerable Catalina McAuley

El 9 de abril del 1990, Juan Pablo II ordenó que se publicara el siguiente Decreto y que se incluyera en los registros de la Congregación para las Causas de los Santos y Santas:

Se ha establecido que la Sierva de Dios, Catalina McAuley, fundadora de las Hermanas de la Misericordia, practicó de manera heroica las virtudes teológicas de Fe, Esperanza y Caridad hacia Dios y el prójimo, y además de éstas, las virtudes cardinales de la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

Al ser publicado este Decreto, el cual usa el lenguaje de Benedicto XIV (1675-1758), se le otorgó a Catalina el título de Venerable. En el 2020 celebraremos el trigésimo aniversario de esta proclamación pontificia.

Pero en medio de las palabras del Decreto encontramos una ironía emotiva. Catalina nunca dijo, y aparentemente nunca pensó, que ella practicaba alguna virtud cristiana de forma “heroica”. Siempre estuvo consciente de sus “fragilidades”, sus “debilidades”, las “deficiencias” suyas y de la comunidad y de que dependía totalmente en la misericordia, el amor y la providencia de Dios.

En su libro, *Law of Christ*, (La Ley de Cristo), el teólogo moralista Bernard Haring presenta un argumento convincente de que la humildad es la virtud “cardinal” fundamental, la actitud básica que fluye de dones que Dios ha otorgado para hacer posible tener: Fe en el acompañamiento creativo y amoroso de Dios, Esperanza en la misericordia continua de Dios y Amor para Dios y el prójimo. La humildad también sirve de base y motivación para la práctica de las otras virtudes “cardinales” como una forma apropiada para el ser humano responder a las gracias generosas de Dios. Sin embargo, las virtudes que realmente sirven de “bisagra” (las *cardines*) “no son las cuatro virtudes cardinales sino las virtudes teológicas”, a pesar de que “desde el principio de los tiempos patrísticos, ... el esquema de cuatro virtudes morales básicas” ha sido enunciado (III, 5).

El pensamiento y la práctica cristiana siempre han considerado la humildad como “una virtud fundamental que sirve de base para toda la construcción de la virtud cristiana”. Citando a Juan XXIII, Haring dice:

El centro principal de la instrucción divina y el mandato que incluye a todo lo demás y que atrae a todo lo demás hacia sí, es el pasaje del Evangelio: “Aprendan de mí, que soy paciente de corazón y humilde...” (Mt. 11:29). Por consiguiente, la humildad es la respuesta filial básica al amor de nuestro Creador y Salvador, y en este sentido es verdaderamente una actitud primordial, una virtud cardinal. (Haring, III, 57)

Catalina McAuley entendía bien lo necesaria que es esta respuesta fundamental del ser humano hacia el misterio y Dios y los dones de Dios. Aunque en ocasiones ella habló honestamente sobre nuestra necesidad de ser prudentes, justas, moderadas y valientes en nuestros discernimientos y acciones, ella estaba profundamente consciente de nuestra total dependencia como criaturas. Acostumbraba decirle a las Hermanas de la Misericordia, que la humildad “consiste en conocer bien quienes somos ante los ojos de Dios, y estar conscientes que no somos capaces de hacer la menor cosa sin la ayuda de Dios o de otras personas... nada podemos hacer por nosotras mismas”. (*Shining Lamp*, 77) (Lámpara Brillante). Por supuesto que ella nunca habló de su propia humildad, y mucho menos de algún aspecto “heroico”, pero frecuentemente decía, sin duda incluyéndose a sí misma:

Nunca podemos ser felices ni sentirnos como debemos hasta que no lleguemos a estar convencidas de que todo el mundo nos trata mejor de lo que nos merecemos. (*Practical Sayings*, 1) (Dichos Prácticos)

¡Aún por Papas y Congregaciones para las Causas de los Santos y Santas!

Catalina encontró mucha paz al reconocer quien ella era ante los ojos de Dios. Estaba consciente de sus debilidades y su falta de virtud, pero su creencia era que “Jesucristo no decía: ‘Vengan a Mí aquellos que no tienen debilidades’, sino ‘Vengan a Mí todos los que están cargados y agobiados y yo los aliviaré’” (*Shining Lamp*, 81). Sin duda que fue por esto que copió a mano en su libro de oraciones las palabras que yo he llamado “Oración para la Paciencia”. En las palabras de esta oración, tomadas de un libro escrito por John Gother, Catalina suplica a Dios que la ayude a sobreponer lo que ella consideró ser su falta de paciencia en muchas circunstancias de su vida:

Vengo hoy, Dios mío, a pedirte la virtud y don divino de la paciencia, que tan necesaria es para apoyarme durante las dificultades de mis cargos y para cumplir con las muchas obligaciones que me imponen tus mandatos. Confieso cuan débil soy en este punto – pues no pasa un día sin estar convencida de lo mucho que carezco de lo que te estoy pidiendo; por eso te suplico sinceramente que me concedas esta gracia –y de acuerdo con mi necesidad, que mi oración vaya desde mi corazón de tal forma, Dios mío, como para persuadirte a concederme mi petición. Que el espíritu de la Cruz me sostenga y me

apoye durante todas mis tribulaciones y que en este mismo espíritu entregue mi alma a tus manos. Oh Bendito Jesús, quédate a mi lado, muestra misericordia a tu sierva y ayúdame con tu poder.

Las labores, “obligaciones”, y las “dificultades” de la vida de Catalina fueron resultado de sus esfuerzos para extender la Misericordia de Dios a sus vecinos en este mundo a través de las obras espirituales y corporales de la misericordia. Este alcance misericordioso fue la respuesta humana que Dios le hizo posible dar a los dones teológicos que Dios le había concedido: la Fe en el acompañamiento salvador y misericordioso de Dios durante su jornada humana; la Esperanza en la Providencia misericordiosa y guía de Dios; y el Amor fortalecedor de Dios y de su prójimo.

Catalina encontró que estas gracias fundamentales estaban reveladas y la llamaban en la vida y ejemplo de Jesucristo. Era por eso que ella anhelaba imitar (y seguir) a Jesús, y nos instó a nosotras a hacer lo mismo:

Esfuércense siempre por ser semejantes a nuestro Santo Señor; traten de imitarlo por lo menos en una cosa, para que así cualquier persona que las vea o que hable con ustedes pueda recordarle de la vida santa de Él en la tierra.

Nos encontramos con gente que puede nombrar todo lo que Jesucristo dijo e hizo, pero ¿qué le importa eso a Él? Lo que Jesús dijo e hizo, no fue para que pudiéramos contarla en palabras, sino para que lo demostráramos a Él en nuestras vidas, en nuestras acciones diarias (*Practical Sayings*, 16, 25).

Si esa entrega y práctica diaria es una virtud de “grado heroico”, entonces Catalina fue realmente “heroica”, y la autora de los originales Anales de Tullamore fue muy perspicaz al referirse a ella frecuentemente como “nuestra Venerable Fundadora”.

Hoy día, los cristianos y toda la humanidad, necesitan tener el ejemplo de ternura, humildad y desinterés en sí mismos que vivió Catalina McAuley, no tanto para venerarla y admirarla como una “heroína”, sino para encontrar en ella estímulo y apoyo en sus propios esfuerzos para ser misericordiosas y amorosas.

Cuando compartimos la historia de Catalina, esto fortalece y consuela a cada miembro de la familia humana, quienes, en sus corazones, desean recibir ayuda de Dios para ser seres humanos buenos y compasivos. Como acostumbraba a decir ella sobre el amor misericordioso del prójimo:

Nuestra caridad y respeto mutuo debe ser cordial. Esto significa ser algo que avive, estimule y regocije: estos deben ser los efectos de nuestro amor mutuo (*Practical Sayings*, 5)

Si el amor cordial y la misericordia que Catalina ofreció, y nos pidió que ofrezcamos a las personas pobres, enfermas y carentes de educación de nuestro mundo –en quienes ella siempre vio a su Jesús amado– puede avivar, estimular y llevar cariño a la familia humana de Dios, entonces sin duda que la vida de Catalina como una Sierva de Dios es Venerable.

Por consiguiente, nosotras, miembros de la familia de la Misericordia alrededor del mundo, no debemos conservar la vida ejemplar, misericordiosa e inspiradora de Catalina McAuley como algo privado, como secreto de familia, sino dándola a conocer ampliamente.

Mary Sullivan, RSM